EL TAMAO

Entre estos duendes los había muy malignos, como el *tamao*[1], que, al parecer, era el que poseía más recursos y más poder que los demás. Y era también el más fastuoso, como se verá por su manera de vivir. No es que se haya narrado jamás la lucha entre dos duendes, sino que, al margen de la interferencia que unos pudieran tener con los otros —y de la cual no se tiene noticia entre los humanos—, se deduce de sus hazañas aisladas, comparadas con las de los demás, el grado de malignidad o de poderío de cada cual. Y el *tamao* ha sido el espíritu misterioso y malo que con más frecuencia solía ser el héroe de los cuentos de Juana.

Vivía —y es de suponer que aún sigue habitando— en los troncos de los grandes árboles; pero dentro de ellos, por no sé qué poder infernal o, por lo menos, desconocido, se levantaban palacios magníficos, con suelos de las más ricas y perfumadas maderas orientales y columnas de *narra*[2] y *camagong*[3] que

[1] *Para una explicación de los seres sobrenaturales de los cuentos ver la introducción.

[2] Maderas oriundas del país. Muy resistentes. *El *pterocarpus indicus*, o *narra*, es el árbol nacional de Filipinas, del que se obtiene una madera noble muy dura, de color rojizo y tonos brillantes. El hecho de que su madera sea tan valorada ha provocado que el árbol casi haya desaparecido debido al exceso de tala.

[3] *También escrito *kamagong* según la norma ortográfica actual en filipino. Su nombre científico es *diospyros philippinensis* o

resisten la acción del tiempo y de la humedad durante cientos de años, aunque estén enterradas. Y había en los palacios también finísimos y transparentes cortinajes policromados de *piña*[4] y de *jusi*[5], y enormes conchas y caracolas, que servían de tiestos, donde enraizaban las palmeras y la más fantástica colección de helechos gigantes. Y entraban por las ventanas, tejiendo un friso natural en lo alto de las paredes, enredaderas exuberantes y orquídeas, chupadoras de la savia de los árboles altísimos y frondosos que crecían en el exterior, sombreando los tejados del misterioso palacio. Allí las mesas eran suntuosas, con riquísimos manjares, ordenados sobre ellas en hileras; arroz blanquísimo; insectos de los lagos, adobados con jengibre, vinagre y ajo; lechones de sabrosísimas carnes, porque fueron cebados con maíz tierno, verdolaga y caña de azúcar; la carne blanca del lagarto de río; la morena del jabalí, del venado y del murciélago gigante, y los pescados abiertos y desespinados, que

---

discolor. Pertenece a la familia del ébano (ebenáceo). La madera que se obtiene de este árbol es muy dura, en vetas casi negras que alternan con otras de color pajizo mucho más claro. Gracias a su dureza, belleza y durabilidad se ha utilizado en la fabricación de muebles y de otros artículos de uso personal, lo que ha inducido a su tala descontrolada y con ello al peligro de su desaparición.

[4] *El tejido de piña se fabrica a partir de la hojas maduras más finas de la piña autóctona. Se pueden utilizar distintas variedades, una de las más preciadas es la llamada "roja española", pero debe de ser una planta silvestre, las variedades comerciales no sirven. La extracción de la fibra continúa haciéndose en muchos casos manualmente. El resultado es una tela fuerte y brillante. Su color natural es el crudo, aunque puede teñirse.

[5] Tejidos transparentes, más fino el último que el primero, hechos con la fibra de la hoja de la piña. *El *jusi* y la piña son materiales tradicionales de Filipinas empleados en la fabricación de tejidos que, entonces y ahora, se emplean en la confección de prendas elegantes y para ocasiones especiales como bodas. *Jusi* es un término procedente del chino, lengua en la que designa a la seda en crudo, es decir, antes de quitar la proteína gelatinosa que sirve para mantener adherido el filamento que forma el capullo del gusano sin deshilar. En Filipinas, la palabra *jusi* sirve para designar el tejido fabricado con seda; mientras que el tejido hecho solamente con piña es el más valorado. En la actualidad también se elabora un tejido mezclando jusi y piña. El Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) recoge una definición inexacta de este término. Véase el libro de Visitacion R. de la Torre *The Barong Tagalog. The Philippine National Wear* (1986 y 2000).

se curaron y casi se asaron sobre las piedras calcinadas por un sol abrasador. Salsas de extracto de leguminosas[6] mezclado con jugo de mariscos y perfumado con la savia de raíces aromáticas sazonaban las viandas a placer. Como entremeses había pececillos transparentes, sin espinas, curados con vinagre y ajo crudo; pasta de camarones calcinados[7], oliendo fuertemente a marisco; huevas gigantes de pescado y trocitos de *manga* verde[8] con tiras de tallo tierno de bambú en *achara*[9]. Y en los postres se servían las frutas olorosas y dulces, jugosas, cual corresponde a un país tropical, desde el coco tierno[10], comido en su cáscara, rebañándola con una cucharilla, como si fuera manteca dulce, hasta la *manga* amarilla y aromada y el *mangostán*[11] agridulce, de blanquísima pulpa. Como bebida se derrochaba la *tubalina*, líquido segregado de la flor truncada del cocotero y servido en seguida, antes de fermentar. Para los paladares más fuertes se ofrecía también la otra *tuba*[12], fermentada con la corteza de un árbol misterioso.

---

[6] *Salsa de soja.

[7] *Salsa espesa que se llama *bagoong*, ingrediente esencial en la cocina filipina.

[8] *El árbol del *mango* tiene muchas subespecies, cada una propia de una zona tropical diferente. Pueden llegar a una altura de 35 metros y su copa, siempre verde, alcanzar los 10 metros de diámetro. Asimismo la fruta que producen tiene una gran diversidad: puede ser pequeña, por ejemplo de 7 cm. de largo por 4 cm. de ancho, o llegar hasta los 25 cm. de largo por 12 cm. de diámetro. El color de la fruta madura también cambia, puede ser rojo, anaranjado o amarillo. La especie *mangifera caesia* variedad de Filipinas, que también se da en Malasia e Indonesia, da frutas amarillas muy jugosas y carnosas que son de las más valoradas. La fruta inmadura, o *mango* verde, se utiliza mucho en la cocina.

[9] En Filipinas se llama así a todo vegetal conservado en vinagre. *También escrito *atsara* según la norma ortográfica actual en filipino. Se trata de un preparado de encurtidos que suele tener en su base a la papaya verde, a la que se añaden entre otras posibilidades: zanahoria, jengibre, cebolla y/o pimiento.

[10] *El coco antes de madurar contiene un agua muy nutritiva y su carne es suave, blanca y dulce, y se puede obtener simplemente raspando las paredes del coco con una cucharilla. En filipino se le llama *buko*.

[11] *La cáscara del *mangostán* es dura, gruesa y tiene un color violáceo característico. Tiene la forma y el tamaño de una naranja pequeña. En su interior se encuentra una carne blanca en gajos que contienen las semillas. Tiene un sabor agridulce parecido al de la frambuesa.

[12] *Es una bebida tradicional de Filipinas. La *tuba* proviene del jugo que segrega la flor

Juana me contaba que los indígenas de Filipinas saben muy bien que el catar de cualquiera de los manjares de la mesa del *tamao* es la perdición, porque el ser humano pierde su condición de tal y tiene ya que vivir como uno de la otra casta en su mundo escondido. Pero, por eso también, cuando el *tamao* ambiciona la posesión de uno de los nuestros, presenta la tentación de sus manjares, que suelen tener un poder irresistible. Dificilísimo es vencerse, porque, además del atractivo natural del manjar, enanitos morenos queman hierbas embrujadas, que despiertan los sentidos a apetitos irreprimibles, y aquellos que logran resistir quedan tan quebrantados por el esfuerzo, que cuando el *tamao* los devuelve a su mundo, apenas pueden hablar, si no quedan mudos y como alucinados para el resto de su vida.

El primer cuento que voy a relatar es la narración relacionada con una doncella morena secuestrada por un *tamao* hercúleo que vivía en un gigantesco *tamarindo*[13], cuyo fruto era dulce y se tornó agrio. Cuando relate cuentos de otros duendes explicaré algo —lo poco que se sabe— de su naturaleza misteriosa y sus características visibles, en forma y costumbres.

---

del cocotero, aunque en algunas regiones también se prepara a partir de otras plantas como la *nipa* y se utiliza para cocinar. Con la primera extracción el jugo es dulce y no contiene alcohol y puede recibir el nombre de *tubalina*, pero con la fermentación se hace más fuerte y más amargo. La bebida alcohólica se produce mediante el método tradicional de envejecimiento, debe ser movida continuamente para que no se sedimenten los posos y así evitar que se convierta en vinagre. Cuanto más tiempo transcurra más fuerte y más cara resultará la *tuba*. La *tuba* de varios años recibe también otros nombres como *bahalina*, y se considera una bebida muy especial. Para más información se puede consultar Edilberto N. Alegre *Inumang Pinoy* (Anvil, 1992) y Doreen Fernandez *Essays on Philippine Food and Culture* (Anvil, 1994).

[13] *Este árbol es originario de África pero se cultiva en muchas zonas tropicales, puede llegar a alcanzar los 25 metros de altura y su follaje está siempre verde. Su fruto tiene un sabor agridulce muy característico, con forma de vaina, dentro tiene gruesas pepitas envueltas en la carne que se come. Tiene múltiples usos, se utiliza para calmar la sed, para cocinar, para hacer dulces y también en compuestos medicinales. En Filipinas se le conoce con el nombre de *sampalok*.

Desde luego, el *tamao* es un ser que no pueden ver los humanos más que cuando él quiere mostrarse a sus ojos o cuando se penetra en su morada.

En el tiempo en que Juana me contó esta historia me la refirió como un hecho real, que acaeció en un pueblo de la isla de Negros Occidental llamado Valladolid[14], y me citó testigos, entre ellos a mi propio padre, el cual confirmó que, efectivamente, la doncella desapareció de la casa de un modo misterioso y apareció reclinada sobre tres diminutas ramas de un *tamarindo*, en estado de idiotez; pero no se llegó a una explicación humana ni científica de lo acaecido.

Yo lo relato como Juana me lo narró, sin poner ni quitar nada y sin obligar a nadie que crea las explicaciones de aquellas personas que lo comentaron. Juana no me dio título para esta historia, pero como los cuentos con título son más bonitos, vamos a llamarla *La doncella que vivió tres vidas.*

[14] *Pueblecito situado en la costa, al oeste de La Carlota y sur de Bacolod, enfrente de la isla de Guimaras.

LA DONCELLA QUE VIVIÓ TRES VIDAS

A los trece años la llevó su madre a casa de mi abuela, y al propio tiempo que el *buyo*, hecho líquido, rezumaba por las comisuras de los labios de la vieja indígena, ésta pronunció las siguientes palabras: "Señora María, mi hija sabe ya lavar y hacer *lampazo* y pronto aprenderá el *panarapo*, porque tiene el cuerpo valiente para trabajar. Si acaso me pudiera usted dar cincuenta pesos..."

Cuando el nativo habla de dinero no suele terminar las frases, por un sentimiento de delicadeza y... probablemente por no comprometerse demasiado.

Como mi abuela era magnánima, no acostumbraba regatear, y aunque la chica tenía muy poca edad para pagar con su sueldo tal cantidad —que periódicamente iría aumentando merced a la historia inventada de la muerte de parientes o de enfermedades imaginarias—, le entregó los cincuenta pesos, porque la chiquilla parecía bien dispuesta. Efectivamente, sacaba el brillo a los pisos como ninguna, y sus piernas fuertes impulsaban rítmicamente la hoja del plátano debajo de sus pies con afán y con gracia. Con gracia sobre todo, porque la pelusilla que tiene la hoja no arranca brillo al suelo de madera

como no se tenga un especial *ten con ten* en la manera de frotar. A esto, como a toda limpieza del suelo con hojas o con lienzo, se le llama hacer *lampazo*.

Y en cuanto al *panarapo* —que consiste en quitarle el polvo a los muebles y objetos con un paño—, nadie como Pinang (se llamaba Josefina) dejaba las conchitas y los caracolillos que invadían las consolas y las mesas de la sala de mi abuela tan relucientes y tan nacarinos.

Aprendió también a planchar, para echar una mano a las doncellas mayores, y si se terciaba, condimentaba el cerdo y hacía la *tinola*[1] tan bien como el cocinero, cuando éste —por exceso de vino— no venía a cumplir con sus menesteres en la casa. Total, que la pequeña había resultado una joyita.

Era cariñosa en el trato. Su voz suave tenía réplicas de dulzura y timidez aun cuando se la reprendía, y no lloraba jamás delante de la gente. Por todas estas cosas, mi abuela estaba muy contenta con sus servicios y la perdonaba las pequeñas distracciones, que a veces eran grandes, porque se abstraía ratos largos pensando en no sé qué problemas, y mientras, solían ocurrir grandes catástrofes, como pegarse la *morisqueta*[2] o que el gato se llevase el pescado para el *sinigang*[3].

¡Ah!, pero precisamente por esta cosa de abstracción, nadie tan regular como Pinang para dar aire con el *pay-pay*[4], para

---

[1] *Guiso caldoso muy popular de la cocina filipina que se sirve como plato principal. Entre los ingredientes figuran la papaya verde y el pollo. Para hacer el caldo se utilizan el jengibre, la cebolla y hojas de pimienta.

[2] Arroz cocido con agua, sin más condimento, que sustituye al pan en las comidas de los indígenas.

[3] Plato del país que se hace cociendo pescado, cebolla, tomate y jengibre. *El *sinigang* consiste en un caldo con un característico sabor ácido y trozos de pescado y verduras. Entre los ingredientes que le dan ese gusto especial están el tamarindo, la guayaba o el *mango* verde. Se pueden usar verduras como las espinacas, el rábano, las judías verdes, etc.; y trozos de pescado y/o camarones. También se puede hacer *sinigang* de carne.

[4] *Probablemente se trate de la modalidad colgada del techo operada mediante un cordón del que tiraba la criada.

pasar suavemente las yemas de los dedos por las plantas de los pies y, sobre todo, para rascar imperceptiblemente las espaldas con una manita de marfil, que para tal misión pendía de la cabecera de la cama de su ama.

Y mi abuela sabía apreciar estas delicadezas, porque era una sibarita oriental. Por eso, cuando la deuda de la chica aumentaba —ya que a la madre, mujer de experiencia y lagartona, se le morían los parientes más de lo debido—, el ama no lo tomaba en consideración y le largaba los pesos a la vieja, que se iba encantada, pensando en qué personaje iba a ser el siguiente en morir o en enfermar gravemente. Y por eso también, aparte del sueldo, vestía a la chica y la compraba los *patadiongs*[5] de más brillantes colores, chinelas coloradas y, para la fiesta del pueblo y Semana Santa, una saya de percal con camisa fina de *sinamay*[6].

Al cumplir los quince años le regaló unos zapatos blancos para el día de Nuestra Señora de la Paz y Buen Viaje, patrona del pueblo, los cuales lució con garbo y sufrió con resignación, porque la presión del calzado es un suplicio en un pie virgen de él, como el europeo no podrá jamás imaginar.

Y a los dieciséis años ocurrió el suceso de su secuestro por el *tamao*, cuando la familia de mi abuela y parte del servicio

---

[5] Trozo de tela cerrado con que se enfundan el cuerpo, de la cintura hasta la pantorrilla, las mujeres visayas. Hace las veces de la falda. *Escrito *patadyong* según la norma ortográfica actual en filipino. Es una pieza característica de la cultura ilongga que se utiliza tanto en la vida diaria como en los rituales y ceremonias. Tiene múltiples usos: además de falda sirve para transportar objetos o niños, o servir de hamaca donde mecerlos, en casa puede hacer de mantel o colcha, pero su rasgo más distintivo son sus vistosos diseños de colores.

[6] Tejido transparente hecho con la fibra de la piña y la del abacá. *Es un tejido tradicional filipino hecho de abacá, que para confeccionar ropas se mezcla con fibra de piña. Se fabrica con la fibra que se obtiene del tallo de la planta del abacá, una planta originaria de Filipinas especialmente de la región de Visayas. La fibra se extrae mediante un proceso manual y después se pone a secar al sol para que se blanquee, luego pueden teñirse de cualquier color. Es un material muy duradero. La definición que ofrece el D.R.A.E. de este término es inexacta.

estaban pasando una temporada con unos parientes en el pueblo cercano de Valladolid.

Es difícil explicar por qué un *tamao* roba un ser humano, ya que no se les supone estar sujetos a las exigencias del amor; pero como todo tiene una causa, habremos de pensar que este *tamao* de nuestro cuento era un poco distinto en naturaleza a los otros y le gustó la muchacha más de lo debido o más de lo que correspondía a un ente de su especie.

Fue una noche en que el aguacero caía pesadamente sobre la vegetación, ya saturada de humedad. Había estado lloviendo todo el día con cortos descansos, en chaparrones que más que una ducha del cielo parecían el cielo mismo, y las nubes desplomándose sobre la tierra en lágrimas. Era la época de la estación húmeda en las Islas y se sucedían los *tifones*[7] con sus *collas*[8], regaderas y fuelles gigantes, que empapaban y soplaban despiadadamente, jugando con las techumbres y hasta con las casas enteras de *nipa*[9], haciéndolas dibujar piruetas a través de la atmósfera acuosa.

Un velo muy tupido y muy negro impidió asomarse a la luna.

---

[7] *En el océano Pacífico se forman tormentas tropicales que en función de sus características reciben distintos nombres. El *tifón* se corresponde con una de sus expresiones más fuertes y devastadoras. Los vientos alrededor de su centro, que suele mantenerse alejado de la costa, llegan a los 250 kms/h y más; de modo que los que llegan a tierra alcanzan los 120 kms/h y van acompañados de lluvias torrenciales que provocan inundaciones y desprendimientos. Otra de sus manifestaciones son las tormentas tropicales, llamadas *baguio* en Filipinas, con intensos relámpagos y vientos muy fuertes.

[8] Conmociones atmosféricas que quedan rezagadas, por donde pasa el vórtice de un tifón.

[9] *Se trata de un tipo de palma cuyas hojas se utilizan en la casa tradicional filipina en cuya construcción se aprovechaban los materiales naturales disponibles en cada región. La *nipa* entretejida se emplea en las paredes y las hojas sirven para hacer el techado. Aunque con variaciones según la zona, la casa de *nipa*, o *bahay kubo*, es la más sencilla y fácil de fabricar en Filipinas. La *nipa* también se utiliza para hacer telas.

La ropa lavada dos días antes no había llegado a secarse, y la plancha hubo de hacer todo el trabajo. La orden de que no quedase una sola pieza húmeda para el día siguiente retuvo a Pinang y a Juana en la cocina, sobre la tabla de planchar, hasta las doce de la noche. Habían echado carbón vegetal, hecho con el *iñam*[10] de los bosques, hasta tres veces en las planchas con que se hace esa labor en Filipinas. A aquella hora, Juana dormitaba en un ángulo de la cocina, acurrucada contra una de las cuatro vigas de *lawaan*[11], que hacen en Oriente las veces constructivas de los pilares y los muros de la arquitectura occidental, mientras Pinang terminaba de doblar la rigidez almidonada de la última camisa de mestiza. Hecho esto, se llegó a la próxima ventana y tiró los residuos del carbón quemado al exterior.

En este momento Juana oyó un grito agudo de la muchacha, y al abrir los párpados vio que el cuerpo de Pinang se volcaba por encima de la ventana, trazando con las piernas un semicírculo en el espacio.

Una ráfaga de aire gimió lastimosamente y dejó susurros de *nipa* crujiente en la "media agua" de la cocina. Juana creyó que la muchacha se había caído y lanzó otro grito a su vez, poniéndose de un brinco sobre sus pies y precipitándose contra la ventana llamando: "Pinang, Pinang". Pero no percibió ni el ruido de un cuerpo al caer sobre el suelo encharcado, ni el más leve quejido de dolor, ni la menor respuesta a sus angustiosas llamadas. La noche se había tragado a Pinang con la boca de su oscuridad.

---

[10] *De nombre científico *antidesma ghaesembilla*, es un arbusto silvestre de ramaje grueso y retorcido cuyos frutos son comestibles. Su madera es blanda y se utiliza para cocinar y para hacer carbón.

[11] Madera dura que resiste la acción del tiempo y de la humedad. *Este árbol recibe el nombre científico de *shorea contorta*. También escrito *lauan*, es la variedad filipina de la caoba (mahogani) y es muy apreciado en la fabricación de muebles. La tala de árboles como éste, cuya madera es muy valorada, ha provocado la deforestación de Filipinas.

Juana cogió el farol de petróleo, que les había estado alumbrando y lo elevó sobre su cabeza fuera de la ventana, para iluminar el exterior. A pesar de estar hecho con cierres especiales para resistir el aire libre y los vientos, el farol parpadeaba violentamente, poniendo claro-oscuros en el espacio.

—Pinang, ¡Pinaaang! —repetía Juana cada vez con más fuerza.

Pero aunque había dejado de llover, ni un sonido, ni una respuesta, más que el fuerte sisear del viento entre la exuberante vegetación tropical. De pronto, el farol iluminó el *tamarindo* gigante que a veinte pasos de la casa se elevaba ya por encima de ella, acariciando el techo con sus ramas. Una de éstas se quebró, desgajándose, y al tiempo que el aire vencedor se alejaba cantando su triunfo, Juana pareció escuchar un gemido humano, como una respuesta ahogada, que se cortó mientras la rama se desplomaba sobre el suelo contra su propio tronco. Esto la alentó a seguir llamando y a bajar la escarpada escalera de bambú sin barandilla, cuyos tramos estrechos —de ocho centímetros a lo sumo— estaban suspendidos sobre el espacio entre dos bambúes gruesos y enteros, donde se apoyaban sus extremos. Era ésta la escalera de servicio, descansando su parte inferior sobre el suelo y su parte superior contra una plataforma de madera incorruptible, que separa el cuerpo vivienda del edificio de la cocina y habitaciones para la higiene. Hace falta hacer un gran equilibrio al bajar y subir esta escalera sin balaustrada ni apoyo de ninguna clase, pero el indígena tiene tal hábito en ello que resulta una tarea corriente en las actividades de agilidad.

Por razón de la oscuridad y del miedo, Juana la bajó más cautelosamente que de costumbre, con la mano derecha sosteniendo en lo alto el farol y la mirada volcada sobre el vacío negro y acharolado.

A medida que bajaba se fue apoderando de ella el terror, y sus llamadas fuéronse ahogando y haciendo más débiles; ya cuando el farol iluminó las charcas y el bajo tronco del *tamarindo*, involuntariamente giró sobre la planta callosa de sus pies descalzos y aceleradamente subió la escalera.

Jadeaba. Un sudor frío humedecía su piel; toda la superstición del alma malaya despertaba en ella con la fuerza del atavismo, y en aquellos momentos tomaba proporciones de locura, agigantada por las circunstancias; la soledad, el gemir del viento, el oscuro caer de la lluvia y, sobre todo, la hora.

Era la una.

Toda la casa dormía.

Por más grave que fuera un suceso, el servidor nativo no concebía la falta de respeto de despertar a los amos. Esto le hubiera causado a Juana aún más terror que bajar de nuevo la escalera y seguir buscando a Pinang a la luz del farol agonizante bajo el viento y la lluvia.

Había otro ser en la casa a quien acudir: el criado. Tenía su habitación en el otro extremo; había que atravesar todo el espacioso balcón corrido que rodeaba la casa; se creería —aún tuvo fuerzas para un rubor— que iba a buscarle para un requerimiento amoroso.

Dudaba... Pero acostarse sin haber hecho todos los esfuerzos humanos por encontrar a Pinang resultaría monstruoso.

Recorrió el balcón. Despertó al criado.

Y la aurora, y el huracán cansado ya, y la luna, que atisbó a ratos por entre las rendijas de los nubarrones, les sorprendió con los ojos ávidos de percibir una forma humana por entre las malezas y el follaje, ropas y piel empapadas de lluvia, y una llamada angustiosa en los labios...

—Pinang, ¡Pinaang!, ¡¡Pinaaang!!

Salió el sol. Anunció la desesperanza.

Rendidos, Juana y Felipe —que así se llamaba el criado— se sentaron sobre el borde de un canalillo, debajo de un gran árbol de *kabiki*[12].

—No hay remedio —gimió el criado—, es el *tamao*, el *tamao* que se la ha llevado.

Y cabizbajo, con los brazos extendidos sobre las rodillas, doblaba la cabeza en un gesto de desaliento irremediable.

Juana le miró con extraño mirar. La voz de Felipe tenía por primera vez una resonancia nueva. No era sólo la queja de la desgracia por la pérdida de una compañera; era algo más hondo, más sangrante, más de la médula del corazón. Pero Juana no acertaba, porque nunca había sospechado. Felipe la sacó de dudas.

—¡Y era lo que más quería!

—No lo sabía —replicó Juana con cierta sequedad.

—No lo sabía nadie. Ni ella. Pero parece talmente como si el corazón se me fuera a romper y necesito hablar.

—Habla.

—El buen Dios y yo lo sabíamos; y los pájaros, las estrellas, el sol y la luna, las flores y el campo, las cosas todas debían sospecharlo. Los compañeros, no; porque los hombres no saben más que cuando se les cuenta. Y no sospechan más que cuando le ven a uno agonizar. Pero yo no agonizaba, porque creía firmemente que algún día iba a ser para mí.

¿Por qué no, si yo era quien más la quería sobre la tierra?

Mi esperanza volaba por el mundo, y era esta risa de mi corazón lo que hacía sospechar a las flores, y a las estrellas, y a las cosas la existencia de mi pasión. El aire que desplazaban mis

---

[12] Árbol gigantesco, de amplia y espesa copa, que da una flor diminuta abundantísima, de forma estrellada y coloración hueso, muy olorosa. *El *kabiki* o *mimusops elengi* es un árbol originario de la India que se encuentra en muchas zonas tropicales y alcanza los 15 metros de altura. Gracias a su generosa sombra y a sus flores de agradable aroma se encuentra mucho en jardines. Su fruta se puede comer aunque es muy amarga. Tiene varios usos medicinales.

alas iba contando mi secreto a los seres de lenguaje mudo. Y era feliz... Pero ahora, ahora no hay remedio; el *tamao* no devuelve a las mujeres que se lleva, porque, aunque retornen ya no son mujeres para nosotros los hombres. Tienen que vivir otra vida, su tercera vida.

Juana sacó de su cintura un cestillo flexible que contenía *buyo*, tabaco, cal y *bonga*[13]. Lo llevaba enrollado en el borde superior de su *patadiong*, ajustado al talle. Se puso a mascar mordiendo primero un trozo de tabaco trenzado; luego untó la hoja de *buyo* con una pincelada de cal húmeda y, doblada, se la metió en la boca. Finalmente royó un trozo de bonga. Ofreció luego el cestillo a Felipe.

—No, gracias. Yo no puedo permitirme nada agradable mientras ella sufre.

—¿Sufre? —preguntó Juana, entre la salivación roja que inundaba su boca por efecto de la mascada.

—Sí, está viviendo su segunda vida.

—¿Cómo? —volvió a inquirir Juana.

—Resistiendo o cediendo. De todos modos es un sufrimiento; si resiste, porque las tentaciones son fuertes y el *tamao* tiene medios poderosos para rendir a sus víctimas; si cede, porque el recuerdo de su vida, de los seres que quiso y a quienes tiene que dejar, la inundan de una desesperada tristeza. ¡Ay Pinang, pobre Pinang!

El aire meció suavemente las ramas del copudo *kabiki* y una lluvia de estrellitas de marfil viejo cayó sobre las cabezas de los dos servidores. El perfume puso más angustia en el corazón de Felipe. Su dolor continuó hablando:

---

[13] Especie de nuez de coloración roja que se masca en Filipinas con tabaco, cal y la hoja del betel para excitar las glándulas salivares y desinfectar la boca. *Se trata de la *areca*, de nombre científico *areca catechu*, también conocida como *nuez de betel* aunque este nombre se deba a una confusión con la planta betel cuyas hojas se utilizan junto con la areca en el preparado que se masca.

—Quizás nos esté oyendo. Aunque nosotros no la veamos, ella puede vernos y escucharnos, pero no puede hablarnos. El *tamao* es cruel.

Y bajando la voz, ronca por el llanto que quiere brotar y se le pone un dique, continuó:

—Quizá también se esté enterando de toda la ternura que para ella escondía mi alma; quizás sabe ya que la quiero; quizás me esté queriendo ella, y yo nunca lo sabré.

Felipe lloraba. Juana. emocionada, le acompañaba con un silencio de respeto.

El sol trepaba por las nubes que dormían sobre el horizonte y la brisa húmeda esponjaba el follaje. Las campanas de una iglesia comenzaron a tocar a misa.

—Vámonos, Felipe; nos va a buscar la señora y tenemos que contarle lo que ha sucedido —dijo Juana.

—¿Y para qué, si la señora no puede hacer nada? —replicó Felipe rebelde.

Pero se levantó y se dirigieron ambos a la casa. Al pasar junto al *tamarindo* vieron la rama desprendida la noche antes, y Juana recordó el gemido humano que precedió a su desgajamiento. ¿Sería un grito de Pinang escapado por la herida del árbol? La miró con recelo y aceleró el paso. En la cocina se encontraron con el cocinero, un malayo viejo que sabía mucho de la vida y de los duendes. Le relataron lo acaecido.

—No cabe duda —afirmó Bucio (se llamaba Tiburcio)—. Está clarísimo, es el *tamao*; pero vamos a ver si le amedrentamos y nos la devuelve.

Y sacó de la vaina de madera ancha y aplastada, que pendía de su cintura, el gran *talibong*[14] que llevaba siempre consigo para defenderse y para cortar leña menuda.

---

[14] Cuchillo afilado y puntiagudo que lleva el malayo para su defensa y para cortar leña o trabajar la madera, el bambú, etc.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Felipe temeroso.

—Ya lo verás.

Y bajaron otra vez la escalera casi vertical de peldaños de bambú.

Juana no les siguió. Entró en la casa a dar cuenta a la señora de la desaparición de Pinang.

La señora María escuchó el relato de Juana con muestras de gran incredulidad.

—Juana, eres tonta de remate. Tú te quedaste dormida en la cocina mientras Pinang terminaba de planchar, y no te diste cuenta de su escapatoria. Pinang debía demasiado, y su madre sabía que ya no podía ni pagar ni sacarme más dinero. Y prefirió liquidar la cuenta induciendo a su hija a huir. Es lo corriente, ¿no? Pero yo creía que Pinang nunca haría eso. Se equivoca una, Juana.

—Ah, señora —replicó Juana sin vacilaciones—, mis propios ojos lo vieron, que yo no porfío con los ojos de los demás. Pinang planchaba, Pinang gritó y Pinang se fue por el otro lado de la ventana, al lado hondo de la huerta.

—Y yo te digo que Juana soñaba, que Juana despertó, y al ver que no estaba Pinang pensó en el *tamao* y creyó que el sueño era verdad. Pero Juana no vio que Pinang se escapaba aprovechando la oscuridad y el ruido de la lluvia y del viento. Lo corriente, pero creí que Pinang no lo haría.

—No, señora, no —decía Juana cada vez más vehementemente, interrumpiendo a su señora.

—Bueno, Juana, no repliques y vete —cortó el ama con autoridad.

Juana comprendió que no podía seguir hablando. Salió de la habitación. Al cabo de un par de minutos volvió, pálida y presurosa.

—La vieja, señora, la vieja.

—¿La vieja? —preguntó la señora, comenzando a dudar— ¿La madre de Pinang?

—Sí, señora —replicó Juana con voz de triunfo.

—Dile que entre.

Mientras se iba, doña María, mi abuela murmuraba entre dientes:

—Si todo es una comedia más, esta vez la comedia va a terminar muy mal.

No era una comedia más. La vieja era inocente (alguna vez había de serlo).

Mi abuela, mujer de carácter entero y poco dada a escenas ni a emociones exteriorizadas, apenas hizo comentarios y acompañó a la vieja hasta el balcón corrido, cinturón de la casa, para observar desde él los exorcismos del cocinero en torno al gran *tamarindo*. Pero sus ceremonias tenían poco de unción religiosa.

Daba vueltas alrededor del árbol corpulento, *talibong* en mano, mientras declamaba con voz solemne:

—Si no devuelves a la muchacha te corto dentro de tres días. Si no devuelves a la muchacha te corto dentro de tres días.

Y Felipe, guardando el ritmo y el tono, repetía también:

—Sí, sí, sí.

De pronto, la vieja se lanzó escalera abajo, hasta el lugar donde se proferían las amenazas, y alzando la rama desgajada con sus brazos morenos y sarmentosos gritó varias veces.

—¡Y te quemaremos después de arrancar tus raíces!

Si no hubiera sido porque sucedía a pleno sol, la escena hubiera parecido de aquelarre. Bucio guardaba el ritmo con el movimiento de sus piernas y el sacudir del *talibong*; Felipe, inmóvil, asentía con su "sí" monótono, sumido en un respeto religioso, y la vieja se salía de la simetría y del ritmo con sus gritos desordenados a contra compás.

La señora no se atrevió a interrumpirlos.

Al fin, el cocinero se paró en seco y dijo serenamente:

—Basta ya, dentro de tres días nos será devuelta la muchacha.

—Sí —replicó Felipe, como un último eco de su anterior cantinela.

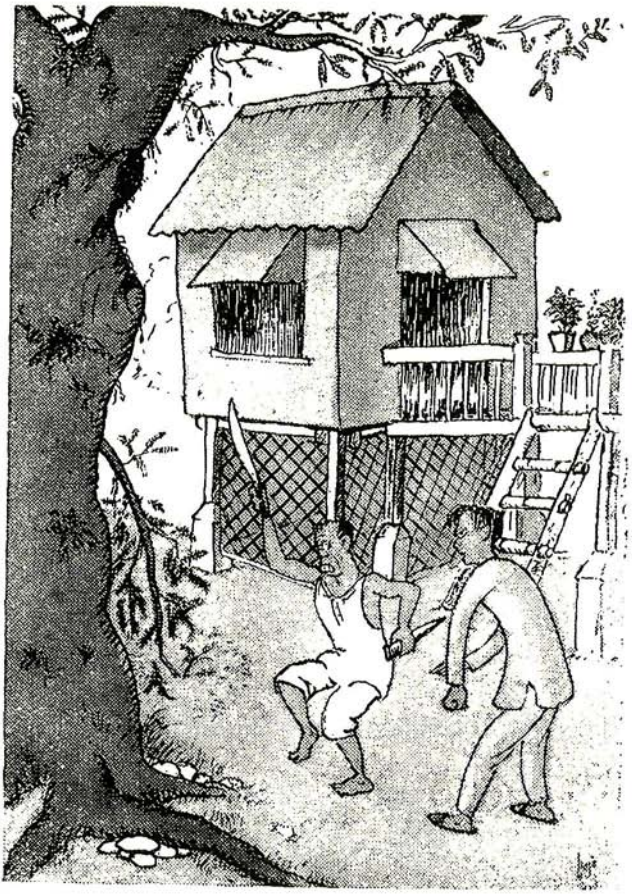
Y la vieja se mesaba los cabellos gimiendo:

—¡Ay mi hija! ¡Ay mi hija!

Tres días son tres brevísimos instantes dentro de una existencia, tres brevísimos instantes cuando discurren entre la placidez de una indiferencia y de no esperar. Pero si esos tres días llevan colgados de todas sus horas la solución de una vida, el momento decisivo, el rodar del dado que ha de poner boca arriba la respuesta del destino, se prolongan en años y pueden ser ya toda esa vida. Y este gran todo, encerrado en tres días, lo vivió Felipe bajo la tortura de un silencio que, a fuerza de callar, era un grito de dolor.

El pensamiento trabajaba como potro que pone en tensión dolorosa todas las fibras del espíritu, carne y tendón de las almas, sangre del sentir; dolor, dolor de imaginar lo que está siendo y lo que no es, interrogante, exclamación, hecho; garfio de tres puntas que desgarra cuanto más se pretende arrancar de la entraña. Tres días en blanco, tres fechas sin respuesta, y el gran temor de ver cumplido el plazo sin acontecimientos esperados.

Ni el primer día ni el segundo trajeron la devolución de Pinang. Y cada atardecer era una congoja que se aliviaba con la esperanza del siguiente amanecer. Pero cuando ya no faltaba más que una aurora, todo minuto que acercaba su llegada ponía desasosiegos más hondos. Los plazos encierran esperanzas, y éstas se esfuman a medida que aquéllos se van cumpliendo, sembrando de terror los límites. Porque tras ellos ya no queda más que un gesto de resignación o de desesperación.



—Si no devuelves a la muchacha, te cortaré dentro de tres días...

Al amanecer el tercer día, Felipe no se sintió con valor para lanzarse al exterior y cerciorarse de la gran verdad. El *chacón*[15] había cantado varias veces durante la noche, escondido tras de la gran viga de madera que atravesaba su alcoba. Tampoco le había preguntado nada. Miedo de saber. Y por este miedo no se levantó con el alba, como los días anteriores. Quiso esperar a que le diesen noticias los demás.

Bucio fue el primero en examinar todos los alrededores para ver si encontraba rastro de la chica. Más tarde vino Juana, pero por más que miraron y buscaron, ni el más leve vestigio les anunciaba la devolución de la mujer desaparecida. Al fin vino Felipe.

—¿Qué? —quiso interrogar. Y sólo salió un sonido sordo y cortado de su garganta.

—Nada. La han vencido y se queda allá —respondió Bucio malhumorado.

—Entonces, ¿qué piensas hacer? —inquirió Felipe.

—Lo que tú quieras —contestó Bucio—, pero has de tener en cuenta que si cortamos el *tamarindo* morirá Pinang, a menos que el *tamao* la ame tan intensamente que prefiera perder su poder sobrenatural y se la lleve consigo a cualquier parte del mundo para vivir con ella.

Felipe jadeaba de rabia y de celos; su mansedumbre se hizo desvarío, se convirtió en crueldad.

—¡Corta el *tamarindo*! —gritó—, corta el *tamarindo*! Es preferible que muera. Todo menos que pertenezca al *tamao*. Y si la salva y él se torna hombre, le buscaré y le encontraré, para llamarle ladrón de mujeres y matarle.

—Bien —replicó Bucio serenamente—; trae el hacha.

La trajo entre sus manos temblorosas y sobre la lividez de su piel.

---

[15] Lagarto que vive escondido tras las vigas de las casas, que canta con un toque repetido y al que se interroga con un "¿sí?", "¿no?", etc.

Bucio la levantó muy alta y la dejó caer sobre el tronco centenario, pero al mismo tiempo que el golpe seco en la corteza se oyó un gemido de voz humana y en seguida un suspiro tristísimo venido de lo más alto del árbol. Todos levantaron la vista, y allá, en lo más elevado, encima de tres diminutas ramas, que normalmente apenas hubieran sostenido el peso de una paloma, se hallaba Pinang, con el cuerpo en el aire, agarrada a unos tallos, los ojos muy abiertos, hipnóticos, ausentes.

Juana comenzó a dar gritos, pero Bucio se llevó, en actitud hierática, el índice a los labios para imponer silencio, y trepó por el *tamarindo*, seguido de Felipe.

La entraron en la casa desmayada, con una herida en el pecho, como un corte de arma blanca, sobre el punto mismo donde se tiene el corazón. Estuvo cinco horas sin volver en sí. Cuando abrió los ojos ya había venido el médico y el cura. Éste la declaró poseída del demonio y ordenó que la atasen con unas correas sagradas y que encendiesen a ambos lados de su cama dos velas benditas.

Pero a los pocos instantes las correas se desataban solas y las velas se apagaban. Cuantas veces se insistió volvió a ocurrir lo mismo.

El médico mandó que se le administrase un antiespasmódico. Ni él ni el cura pudieron hacer nada por ella.

Siguió viviendo, automáticamente, sonámbula de todos los momentos, muda, con los ojos muy abiertos, hipnóticos, ausentes. Sólo cuando dormía, el subconsciente hablaba. Y Felipe, ávido de saber, la escuchaba y la interrogaba.

Juana también la velaba y se enteraba de lo que decía.

—¡Qué blanca, qué blanca, qué blanca! ¡Y qué olorosa! —decía Pinang dormida.

—¿Qué cosa era blanca? —susurraba Felipe.

—La *morisqueta.*

—¿Y cuál era olorosa?

—La vianda —y sonreía.

—¿Comiste? —interrogaba Felipe con angustia.

—¡No, no, no! —gritaba aterrorizada. Y despertaba.

—¡Pinang, Pinang! —continuaba Felipe—. Pinang, habla, cuéntame; quiero saber, necesito saber.

Pero Pinang, despierta ya, enmudecía con los ojos muy abiertos, hipnóticos, ausentes.

Alguna vez llegó a decir:

—No me acuerdo; ¿dónde estoy?

Otra vez, dormida, balbuceaba:

—Me miraba. ¡Qué ojos tan grandes! ¡Me pedía amor!

—¿Y tú se lo diste?

Tardo la respuesta. Y luego:

—¡Felipe! —murmuró Pinang con ternura.

Toda el alma del criado se vertía en la media vida de la muchacha y miraba sus labios con veneración, ávido de que siguiesen moviéndose, de que hablasen también en la consciencia.

—¡¡Felipe!! —repitió ella más inefablemente.

—¿Qué más? —dijo Juana, viendo que Felipe no sabía ya interrogar.

—Me buscaba, lloraba...; yo también lloraba.

—¿Por qué no respondías?

—Yo oía, yo veía...; no podía hablar... ; lengua de corcho me pusieron.

—¿Por qué llorabas? —gimió Felipe.

—Era fuerte, me vencía.... y Felipe lloraba por mí.

—¡Pinang! ¡Pinang! —llamaba el criado, para despertarla, para impulsarla a que siguiese hablando fuera del sueño.

Pero ella, en la media luz del subconsciente, decía:

—Iba a vencerme cuando el filo del hacha me hirió en el corazón. Mi sangre le hizo temblar y yo le escupí. ¡Malvado..., malvado...! Pero vino la luz.

—¡¡Pinang!! ¡¡Pinang!!

Y Pinang despertó.

—¿Me quieres? ¿Me quieres? —repetía la locura de amor de Felipe.

Le respondió la mudez de siempre, aquellos ojos tan abiertos, hipnóticos, ausentes.

La tercera vida de Pinang fue una sombra continuada y alargada, como esas sombras de los ocasos. No era ni de este mundo ni del otro, al cual perteneció durante su segunda vida, dentro del palacio que encerraba el *tamarindo*.

La señora María, mi abuela, la conservó en su casa por el cariño y la consideración que la tenía. Y en ella murió joven, sin descifrar el misterio de su secuestro.

Sólo quedó como un testigo, a lo largo de los tiempos, la cicatriz que dejó el hacha en el tronco del árbol, perpetuación de la otra cicatriz sobre el corazón de la muchacha. Y cuentan que tanto el hacha como la herida del tronco se tiñeron de sangre aquella mañana, como si la savia de la carne abierta hubiera rezumado a través del árbol hasta el exterior. Y que todos los años, en el aniversario de estos sucesos, vuelven a teñirse de un color rojizo los bordes de la corteza sin cerrar.

Desde aquel año también, el fruto del *tamarindo*, que sus dueños ofrecían como especial regalo a mi abuela por su extraordinario dulzor, se tornó agrio, y dejó de enviarse el obsequio. El árbol no se ha secado aún, pero paulatinamente las hojas menudas y olorosas vanse tornando cada vez más amarillas.

Y cuenta Bucio que ello se debe a que el *tamao* se está muriendo también lentamente.

Quién sabe si de amor por Pinang, la muchacha malaya, dulce y callada, que vivió tres vidas; su vida propia de niña y mujer; la otra, breve, pero dolorosa en la lucha contra el amor de un duende, enmarcada por la magnificencia de un palacio encantado; y la tercera, sombra de ocaso que arrastró tras sí dos sombras más: la del *tamao*, marchitando su fuerza vencida en el amarillear del *tamarindo*, y la de Felipe, que ya no supo amar a ninguna otra mujer.

Así me lo contaron, y así lo cuento.